

A PROPÓSITO DEL JUBILEO 2025 Y LAS MIGRACIONES FORZOSAS.

I

«PEREGRINOS DE ESPERANZA»

1. La condición peregrinante de la vida cristiana y la celebración del Jubileo 2025.

El papa Francisco convocó el Jubileo ordinario o el Año Santo 2025 en una Bula (*Spes non confundit*) con el lema «peregrinos de la esperanza». Esta convocatoria papal, en la que se rememora el nacimiento de Jesús de Nazaret, es tradición en la Iglesia desde su proclamación el año 1.300 por Bonifacio VIII; y su periodicidad de 25 años, establecida por el papa Juan II, desde el año 1475.

El carácter peregrinante de la vida cristiana no es un mero lema coyuntural, sino un rasgo innegociable de la identidad cristiana, siempre necesitado de tiempos simbólicamente fuertes que aviven nuestro encuentro en la historia con la promesa de Dios cumplida “in fieri” en Jesucristo. La celebración del tiempo jubilar pretende fortalecer la esperanza en el Camino, la Verdad y la Vida que es el mismo Jesús (cf. Jn 14,6).

La Iglesia recoge y recrea la tradición veterotestamentaria de la institución del Jubileo. Un texto del Levítico nos la presenta:

«Dijo Yahvé a Moisés en el monte Sinaí: “Di a los israelitas: Cuando hayáis entrado en la tierra que les voy a dar [...] Contarás siete semanas de años; de modo que las siete semanas de años sumarán cuarenta y nueve años. El mes séptimo, el día diez del mes, harás resonar el estruendo de las trompetas; el día de la Expiación haréis resonar el cuerno en toda vuestra tierra. Declararéis santo el año cincuenta y proclamaréis por el país la liberación de todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo, cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia. El año cincuenta será para vosotros año

jubilar: no sembraréis, ni segaréis los rebrotes, ni vendimiaréis la viña inculta, porque es el año jubilar, que será sagrado para vosotros. Comeréis lo que el campo dé de sí. En este año jubilar recobraréis cada uno su propiedad. Si vendéis algo a vuestro prójimo o le compráis algo, que nadie perjudique a su hermano. Comprarás a tu prójimo atendiendo al número de años transcurridos después del jubileo; y en razón del número de años de cosecha que quedan, te fijará el precio de venta; a mayor número de años, mayor será el precio de la compra: cuantos menos años queden, tanto menor será el precio, porque lo que él te vende es el número de cosechas; si quedan pocos años, el precio será menor, pues lo que se vende es el número de cosechas [...] La tierra no puede venderse a perpetuidad, porque la tierra es mía, y vosotros sois forasteros y huéspedes en mi tierra. En todo terreno de vuestra propiedad concederéis derecho a rescatar la tierra"» (25, 1-2; 8-17; 23-24).

La lectura del texto impresiona. Sobre todo porque hoy, en el contexto del mercado global neoliberal, suena a escándalo y locura económica. Y, sin embargo, trata de mitigar una de las más graves experiencias sociales y antropológicas de nuestro tiempo: la imposibilidad de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los seres humanos como consecuencia de la deuda pública internacional de los países pobres y del creciente continuo aumento del pago del servicio de la deuda. La deuda pública de los países en vías de desarrollo alcanzó el año 2024 la mayor cifra de la historia: 34 billones de dólares, el 32% del PIB mundial, que acarrea la cifra 1,4 billones de dólares por el pago de los intereses en cada ejercicio. La frialdad de las cifras oculta que esta situación provoca que más de 3.300 millones de seres humanos vivan bajo gobiernos que se ven forzados a anteponer el pago de los intereses a los acreedores al gasto en sanidad y educación. Estamos ante un sistema que el propio secretario general de la ONU, Antonio Guterres, ha calificado de «insostenible e injusto» porque «la carga de la deuda está paralizando el mundo en desarrollo». El sistema de la deuda es una trampa de la que no pueden salir los países en desarrollo; y tramposo para aquellos países desarrollados de economías más débiles como los del sur de Europa. Recordemos la apelación a las políticas de «austeridad» de los poderes económicos y políticos españoles, durante la crisis de 2008, con el fin de asegurar la sostenibilidad del sistema económico y del estado de bienestar. En la

realidad funcionó como una máquina de disminución del gasto público y consecuentemente de crecimiento de la necesidad del privado. Las expectativas de una vida con igualdad de oportunidades para todos se convirtieron en privilegios prescindibles para quienes no los pudieran pagar. El resultado fue un duro reajuste de los márgenes de la vida digna de los ciudadanos, especialmente de los más vulnerables, mientras crecía y crecía la brecha social entre pobres y ricos en España.

Paliar la injusticia, posibilitar la fraternidad en tierra extraña

Experiencias semejantes han acompañado a la humanidad desde antiguo. La institución del Jubileo es la respuesta que propone Yahvé a su pueblo Israel. Factores varios, las malas cosechas, la compra y venta desacertada de terrenos, las desgracias familiares, la astucia de unos para negociar y la torpeza de otros, etc., producían frecuentemente el endeudamiento de determinados miembros del pueblo. Si la cifra alcanzaba unos extremos insoportables, provocaba la esclavitud: el deudor, junto a sus bienes e incluso a su propia familia, tenía que venderse a su acreedor para saldar la deuda y se convertía en esclavo.

La prescripción divina de la celebración del año jubilar se situaba en un conjunto de leyes sociales y humanitarias, que habían tratado impedir la acumulación de la propiedad en pocas manos y remediar la situación de los proletarios (cf. Ex 23, 10-12; Dt 15,1-4; 12-15; Jer 34, 8-14.17. 18.21). Las motivaciones eran dos: la solidaridad nacional y la convicción de que la tierra pertenecía solamente a Dios. Yahvé se la ha entregado a su pueblo en usufructo, y por eso la tierra no se puede vender. El pueblo de Israel debía peregrinar por la tierra prometida como si viviera en tierra extraña.

Cada cincuenta años (contando el primero y el último) resonaban por toda la tierra de Israel las trompetas de cuerno de carnero (en hebreo *Ayobel*) que anunciaban y daban el nombre al año jubilar.

Después de cuarenta y nueve años se abría un año de Gracia. Este año se hacía santo por la liberación de todos sus habitantes, que principalmente consistía en la devolución de las propiedades patrimoniales a su primer dueño. El libro sagrado señala las consecuencias de la devolución de las tierras patrimoniales a la hora de venderlas. El principio general era no aprovecharse de la coyuntura para defraudar al hermano. La norma era no vender las tierras sino las cosechas que quedan hasta el año jubilar. El precio justo de venta lo fijaba el número de años de cosecha. Y se apelaba al temor de Dios, defensor de los débiles, como actitud que garantiza el cumplimiento de la ley.

El reconocimiento de la Santidad que Dios quiere

El año jubilar se proclama Santo por ser un tiempo particularmente dedicado a Dios. Pero este homenaje, este modo de reconocer la santidad de Dios tiene una realización peculiar. Según la voluntad divina ese reconocimiento reclama que la libertad, la justicia y la igualdad reinen en la organización social y fraterna del pueblo de Israel. Consecuentemente deben tomarse las medidas necesarias para poner en práctica el propósito de Dios.

Este es el sentido de las pautas de comportamiento referidas en el texto bíblico. La proclamación de la liberación para todos los habitantes del país va muy lejos. Pretende poner fin a todo tipo de servidumbre. Busca liberar a aquellos que, por ejemplo, como consecuencia de las deudas contraídas se encontraban trabajando para otros como siervos. El año jubilar implica un comienzo nuevo, un volver a empezar para ser nuevamente un pueblo de personas libres. Algo semejante sucede con la recomendación de que cada uno recobre su propiedad. Los israelitas habían partido en situación de igualdad en cuanto a la propiedad de la tierra. A lo largo del tiempo diferentes circunstancias producen desniveles y asimetrías patrimoniales, que es

necesario corregir. Es lo que toca rehacer cada cincuenta años. Si alguien vendió o cedió sus tierras a un acreedor, ahora las recuperará. El jubileo coloca al pueblo otra vez ante (la oportunidad de) un nuevo comienzo. La teología del Levítico propone condiciones materiales para la construcción social: la fraternidad se queda en agua de borrajas, cuando no existen condiciones materiales para la libertad y la igualdad.

El destino universal de los bienes de la tierra y la hipoteca fraterna de todo lo humano.

Del recordatorio divino del jubileo («*la tierra es mía, y vosotros sois forasteros y huéspedes en mi tierra*») se desprende, como recordó Juan Pablo II, que «el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo». Y apeló a la responsabilidad de los cristianos para que se hagan «voz de todos los pobres del mundo, proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar entre otras cosas en una notable reducción, si no en la total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones» (*Tertio millenio adveniente* 51).

La afirmación de que solamente somos administradores de la tierra, pone de manifiesto la verdad del destino universal de los bienes de la tierra, que tanto se niega o se ignora en nuestra cultura neoliberal. El papa Francisco lo recuerda en el texto de la Bula *Spes non confundit*:

«Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que *los bienes de la tierra* no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que “con el dinero que se usa en armas y

otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna”.

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen *condonar las deudas* de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: “Porque hay una verdadera ‘deuda ecológica’, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países». Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como “extranjeros y huéspedes” (Lev 25,23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos» (16).

Conviene mucho no olvidar el principio de la «hipoteca social» de la propiedad privada o de la «hipoteca fraterna» de todo lo humano a la hora celebrar el Jubileo 2025. La cultura occidental es incapaz de entender este principio moral. Tiene, como piedra angular de su comportamiento moral, la exclusividad de todo lo propio: el *derecho de propiedad sin límites legales ni morales*; es decir, el derecho absoluto a «usar y abusar» de los bienes propios, aunque en realidad muchas veces sean el resultado de «expropiaciones» injustas de quienes ejercen el poder.

¡Hoy más que nunca!

La celebración del Jubileo reclama de la Iglesia, llamada por Dios a ser signo eficaz de comunión fraterna en este mundo nuevo (cf., LG1), concreciones del principio de «la hipoteca social y fraterna» para que incentive no solo su doctrina social en el discurso del magisterio, sino la vida práctica de los católicos en relación con la exclusividad de lo propio: mi dinero es solo mío, y hago lo que quiero; la naturaleza es

mía, y hago con ella lo que quiero; la tierra que habitamos es solo nuestra, y decidimos quien tiene derecho a empadronarse en ella, etc.

Peregrinos de esperanza y migrantes.

La bula de convocación del jubileo 2025 se refiere a la práctica de *la peregrinación* como un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar.

«Ponerse en camino –recuerda– es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los *peregrinos de esperanza* recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar [...]. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión» (*Spes non confundit* 5).

La bula recuerda a quienes peregrinan su responsabilidad con la esperanza de los migrantes:

«No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo:

“estaba de paso, y me alojaron”, porque “cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25,35.40)» (*Spes non confundit* 13).

Según el diccionario de la RAE, en su primera acepción, «*se llama peregrino a una persona que anda por tierras extrañas*». En su segunda acepción, se refiere a la persona que por devoción o por voto va a visitar un santuario, especialmente si lleva el bordón y la esclavina. Pues bien, en el mundo hay actualmente una cifra multimillonaria de seres humanos que responden a esa definición *primera* de peregrino. En 2020 había 281 millones de seres humanos emigrantes, el triple que 1970. En junio de 2024, según ACNUR, 122,6 millones de seres humanos se habían visto forzados a abandonar su hogar, de los cuales 43,7 millones eran refugiados en tierra extraña. Son historias muy semejantes a la de Ibrahima Balde, cuya odisea se dio a conocer en Euskal Herria¹ y la universalizó el papa Francisco.

La fortaleza europea ya no aguanta el envite de la emigración. Su crecimiento exponencial es imparable porque responde a dos principios vertebradores de nuestro tiempo: «por un lado, un orden económico mundial que obliga a los pobres y perseguidos del mundo a ponerse en marcha; y por otro, la autoridad del progreso que conlleva un desorden ecológico planetario que repercute, con sus guerras y sobreexplotación de materias primas, sobre todo en los más vulnerables, obligándoles a migraciones masivas que es lo que nos espera». Estamos asistiendo a la estampida de «los sobrantes» del orden mundial, como los llamó el papa Francisco, y las defensas del modelo de estado nacional no resisten su impacto².

Cada camino recorrido por cada uno de ellos los convierte en «*peregrinos primordiales de la vida*». Todos ellos participan de esa «santidad primordial», propuesta para los pobres por Jon Sobrino, que

¹ Cf., Ibrahima Balde/Amets Arzalluz Antía, *Hermanito –Miñán*, Barcelona, octubre 2021.

² Cf., Reyes Mate, “De la polis a la diáspora. Las lecciones de Babel”, *Iglesia viva*, nº 300, octubre-diciembre 2024, p.43.

«no es la de las virtudes heroicas, sino la de una vida realmente heroica. Pueden ser “santos pecadores”, si se quiere, pero cumplen insignemente con la vocación primordial de la creación: la llamada de Dios a vivir y dar vida a otros, aun en medio de la catástrofe».

Todos merecen las palabras que Hebreos dedica a los modelos de fe en la historia de la salvación: «Unos fueron torturados [...]; otros soportaron la prueba de burlas y azotes, de cadenas y prisiones. Fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada: anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo: oprimidos y maltratados, *¡hombres de los que no era digno el mundo!*, errantes por desiertos y montañas, por grutas y cavernas y antros de la tierra». «*Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tiene preparada una ciudad*» (cf. Hb 11,16.5-39).

Y ¿cómo son las políticas europeas de acogida? Desde Lesbos la mirada informada y crítica de Hibaí Arbide Aza nos ayuda a conocer lo que están dando de sí. Las devoluciones en caliente se han convertido en un elemento central en la política migratoria griega y europea. Más de cien mil personas han sido abandonadas a la deriva en mar abierto tras ser interceptadas en el mar cuando intentaban llegar a las islas griegas o después de haber alcanzado tierra firme. Esta práctica no solo vulnera el derecho a solicitar asilo, sino que amenaza gravemente derechos fundamentales como el derecho a la vida, a la integridad física y a la libertad. En el mar, los refugiados son detenidos en aguas griegas por embarcaciones tripuladas por «los hombres encapuchados», un cuerpo paramilitar que actúa coordinado con los guardacostas. Estos destruyen el motor de las barcas antes de remolcarlas a aguas turcas y abandonarlas a su suerte. En ocasiones los refugiados son forzados a subir a embarcaciones de la Guardia Costera griega, donde les propinan palizas y les roban sus pertenencias antes de ser coaccionados a subir balsas salvavidas inflables para dejarlas a la deriva. Hoy nadie puede dudar de la existencia de las

devoluciones en caliente, pero pocos son conscientes de la dimensión y la crueldad de esta política³.

Cuando en Europa o en Euskadi hay emigración masiva y forzada las comunidades cristianas deben preguntarse si conocen la política migratoria europea y si es compatible con el ideario fraterno cristiano o con el de los Derechos Humanos. Vivir lejos de las costas de llegada de los migrantes no es razón suficiente para que miremos para otro lado. Debemos preguntarnos si «los peregrinos de esperanza» ofrecemos a «los peregrinos de la vida» con nuestro propio peregrinar la esperanza histórica de que será reconocido su «derecho a tener derechos», si no queremos convertirnos en meros turistas religiosos a pesar de nuestras buenas intenciones.

Quizás pueda ayudarnos hacer nuestra la propuesta de Simone Weil y dar prioridad en nuestro discurso al lenguaje de las «obligaciones» frente al de los «derechos». «La noción de obligación prima sobre la de derecho, que está subordinada a ella y es relativa. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación que le corresponde. El cumplimiento efectivo de un derecho no depende de quién los posee, sino de los demás hombres que se sienten obligados a algo hacia él. La obligación es eficaz desde el momento en queda establecida. Pero una obligación no reconocida por nadie no pierde un ápice de la plenitud de su ser». El deber de cada uno para con los demás nace de la necesidad del otro: «es una obligación eterna hacia el ser humano no dejarle pasar hambre cuando se le puede socorrer». Al ser el socorrer el hambre la obligación más evidente, se puede utilizar de modelo para elaborar análogamente una lista de los deberes hacia todo ser humano.

En el año 2025 ¿la acogida es una necesidad básica de los

³ Cf., *Con el agua al cuello. Muertes y devoluciones en caliente en la peor frontera de Europa*, Capitán Swing, Madrid 2024.

migrantes forzosos que debe entrar en la lista de deberes de los seres humanos? ¿Nos podemos considerar inocentes los ciudadanos europeos que pasamos de largo, mirando para otro lado, ante los miles de seres humanos que, hacinados en las puertas de Europa, mueren y malviven con «el agua al cuello»? La pregunta de Dios en la primera hora de la historia, «¿dónde está tu hermano?», sigue encontrando la misma respuesta que entonces: «¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?»

Salir al encuentro de «los peregrinos de la vida» y convertirnos así en comunidades humanas de acogida es tanto como «salir fuera del campamento hacia Jesús, que padeció fuera de la puerta, cargando con su ignominia, pues tampoco nosotros tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura» (cf. Hb 13, 13-24)

El deseo jubilar de Dios se cumple en Jesús de Nazaret

Parece que en realidad la ley del año jubilar no llegó a cumplirse nunca históricamente o solo a medias, aunque sea fiel reflejo de la teología de la santidad de Dios, que hace necesaria la justicia entre los hombres (cf. Lev 17-26)⁴. La justicia es una realidad asintótica. En la lucha por alcanzarla, cada paso que damos los hombres abre problemas nuevos. Los profetas de Israel mantuvieron en pie, fracaso tras fracaso, el esfuerzo por luchar contra la injusticia. Y el afán indomable de este esfuerzo abrió el camino a la idea del año jubilar como meta escatológica a la que el hombre no puede llegar por sí solo, es decir, como un año de gracia de Yahvé (cf. Is 61, 1 ss).

En este contexto los oyentes de Jesús entienden la expresión, cuando él, en la versión del evangelista Lucas, se aplica el texto de Isaías:

«Vino a Nazara, donde se había criado, entró, según su costumbre,

⁴ Cf., Ibáñez, A., “El Levítico, en AA.VV., *Comentario al Antiguo Testamento I*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1997, pp. 207-208

en la sinagoga el día de sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías; desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos; para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor". Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó a decirles: "esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy"» (Lc 4,16-21).

Ese Jubileo de inspiración bíblica, que nunca llegó a realizarse a causa de la avaricia humana, quedando como un deseo de Dios para nuestro mundo, ahora acontece cumplido en la persona misma de Jesús: Jesucristo es el gran Jubileo, el Año de Gracia que el Padre ofrece al mundo de manera irrevocable y definitiva. El último y definitivo «eón» ha irrumpido en la historia humana, haciendo posible lo imposible.

Obviamente el tiempo del Jubileo se nos ofrece como una oportunidad de Gracia («kairos») para abrir nuestros corazones al perdón y a la misericordia de Dios por medio del sacramento de la penitencia. Y en este contexto me parece necesario decir una palabra sobre «*las indulgencias*». Si Jesucristo es el Gran Jubileo o el Año de Gracia de Dios, también es nuestra «Indulgencia» (Pablo VI), que sana «los efectos residuales del pecado en nuestros corazones».

Pero este acontecimiento sanador no sucede mágicamente porque se cumplen unos determinados requisitos. La «indulgencia plenaria» no se gana, sino que se recibe como don de Dios que la regala y nos «permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término "misericordia" era intercambiable con el de "indulgencia", precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites» (*Spes non confundit*, 23). El "efecto" sanador de la acogida de la indulgencia en nuestro corazón de piedra debiera hacernos más indulgentes con los demás, pero esto no siempre ocurre, por muchas peregrinaciones que

hagamos y muchas basílicas romanas que visitemos, como nos recuerda el mismo Jesús (cf. Mt18, 23-35). Sin la experiencia de haber sido agraciados por la misericordia de Dios, sin ningún mérito por nuestra parte, no renaceremos con un corazón de carne y agradecido, capaz de ser indulgente con los demás.

II

LA ESPERANZA NO DEFRAUDA

Una breve aclaración para empezar.

El objeto de la virtud de la esperanza suele reducirse a la vida eterna después de la muerte. El mayor número de veces que hablamos de la Esperanza lo hacemos con ocasión de la liturgia funeral. Y tanto el breve tiempo litúrgico de Adviento como el largo de Pascua no nos sacan de ese *reduccionismo* que responde al deseo de inmortalidad: «Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna». La última novela de Javier Cercas, *El loco de Dios en el fin del mundo*, es un buen relato sobre este reduccionismo.

El objeto de la esperanza cristiana tiene que ver no solo con el más allá de la historia humana, sino sobre todo con la historia misma, con los mejores deseos de los seres humanos y con el tipo de sociedad que vamos construyendo o destruyendo con nuestras prácticas y biografías personales y colectivas.

1. Corren malos tiempos para la esperanza

No corren buenos tiempos para la esperanza histórica. El año 2020, antes de la pandemia, los observadores político-sociales hablaban de la incertidumbre del futuro. Cinco años más tarde muchos de nosotros pensamos y percibimos el futuro como amenaza. La guerra de Ucrania, el genocidio palestino en Gaza, el avance de las propuestas políticas de extrema derecha, Donald Trump y sus imprevisibles políticas «muro», una economía que mata, la cultura del «descarte», los oídos sordos al clamor de la naturaleza en crisis por la irresponsable acción humana, etc. son algunos de los presagios que nos hacen temer lo peor del futuro. A veces, con tintes apocalípticos.

Giorgio Agamben ha utilizado el término «campo» (de concentración) como paradigma de la situación política contemporánea. ¿Será verdad, como intuía Etty Hillesum, víctima del exterminio nazi, que toda la superficie de la tierra no es más que un inmenso campo de concentración, y nadie o casi nadie puede quedar fuera de él?

Muchos podríamos suscribir hoy las palabras de Dietrich Bonhoeffer, desde la cárcel: «¿Ha habido alguna vez en la historia personas que, como nosotros, tuviesen tan poco suelo bajo los pies y para quienes todas las alternativas del presente parecieran igualmente insoportables?»

En estas circunstancias históricas los católicos celebramos el Jubileo ordinario del año 2025. El título de la bula de convocación, *Spes non confundit, la esperanza no defrauda* (Rom 5, 5), y la invitación papal a ser «peregrinos de esperanza» (n. 5) confrontan a la Iglesia con su condición de portadora de una esperanza (y no, de una nueva moral) para la humanidad, y a los cristianos con la de ser «apátridas» que buscan en toda sociedad hacer posible una Fratría universal, como ciudad futura (cf. Hb 13,14).

Pero esta es la grave cuestión con la que nos enfrentamos: ¿Razonablemente podemos esperar el futuro como promesa de una sociedad mundial equilibrada y justa, de un medio ambiente sano y de un sistema de protección sostenible para todos? O ¿hemos de esperarlo como amenaza de mayores desequilibrios sociales e injusticias, de la irreversibilidad de la crisis ecológica global y de un sistema de protección exclusivo para ricos?⁵

2. *La pasión de Jesús de Nazaret por el cumplimiento de la Promesa de Dios.*

⁵ Cf., Daniel Innerarity *Política para perplejos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2018, pp. 169-170; “Instrucciones para sobrevivir a la perplejidad política”, *El País* 27/02/2018.

La esperanza cristiana no tiene su matriz ni en una confianza ilusa en las posibilidades ilimitadas del hombre, ni en un optimismo ingenuo en el progreso indefinido de la humanidad, sino en la Promesa abierta y mantenida en su cumplimiento por Dios en la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

De este modo la tradición cristiana confiesa que la Promesa divina es *una dimensión de la realidad* y la esperanza, virtud teologal además de pasión animal y hábito humano. La promesa divina de aquello que todavía no es, y que, por ello, abre y *hace* historia, se ha convertido en el motor, el motivo, el resorte y el tormento de la historia⁶.

Jesús de Nazaret entregó a sus discípulos y discípulas un modo fraternal de estar en el mundo. Esta tradición se nutre de la esperanza del mismo Jesús, de su experiencia de la irrupción del Reinado de Dios como acción definitiva, liberadora y escatológica, dirigida preferentemente a los pobres, y desde ellos a todo Israel y al resto de la creación. Las viejas esperanzas del pueblo de Israel estaban a punto de verificarse.

2.1. Promesa de Dios, categoría Reinado de Dios y fraternidad.

Dios había cumplido definitivamente su promesa y respondía de manera definitiva a la interpelación del profeta Jeremías: «¡Ay! ¿Serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?» (15,18). Su Reinado irrumpía definitivamente en la historia como buena noticia, como evangelio. La causa por la que Jesús cambió su vida (dejó primero su familia y su trabajo manual y, más tarde, abandonó a Juan Bautista), la pasión esperanzada por la que dio su vida, la recuerda Jesús en la sinagoga de Nazaret: la promesa de Isaías que acababa de proclamar se estaba cumpliendo con él (cf. Lc 4,16-21). Jesús principia

⁶Cf., J. Moltmann, *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca, 1972, pp. 213-214.

el tiempo del cumplimiento de la Promesa de Dios.

Para hablar de la Promesa cumplida, Jesús recurre a la categoría teocrática del Reinado de Dios con claros significados políticos y sociales. Dios al cumplir su promesa, se revela no solo como un Dios de la propia intimidad («más yo que yo mismo», dirá Agustín) y como un Dios de la naturaleza («los cielos narran la gloria de Dios»), sino como *un Dios de la historia y de la comunidad humana*, cuya imagen representativa no es la del Rey todopoderoso sino la del Padre (Abba), que gratuitamente nos afilia a todos los hombres y mujeres. Con y en Jesús entraba en la historia *la posibilidad en el mundo de un orden nuevo fraternal y de un corazón nuevo fraterno en los seres humanos*. En una palabra, había en la historia y en el corazón humano posibilidades divinas de fraternidad como rostro y como despliegue histórico de nuestra filiación divina.

El sueño de la fraternidad universal se hacía oportunidad agraciada para la historia de la humanidad y se instalaba definitivamente en ella. La fraternidad se convertía en una meta a donde conduce un camino (siempre recommenzado y nunca concluido) que los hombres y las mujeres vamos haciendo al andar, acompañados por la sabiduría, la fuerza y la empatía del Espíritu de Dios (al que hemos llamado clásicamente «Gracia»). Su asistencia misericordiosa nos rehace para la convivencia, nos potencia para la comunión y nos restaura para la aceptación liberada de nuestros límites, de nuestras culpas y del amor gratuito que Dios siente por nosotros. En tres palabras, nos reconcilia con Dios, con nosotros mismos, con los demás.

2.2. Jesús ungido y conducido por el Espíritu Dador de Vida.

Su experiencia acerca de la irrupción del Reinado de Dios hizo que Jesús se considerase ungido y llevado por el Espíritu escatológico (cf. Mc 1, 10-12). «Su conciencia de estar poseído y de ser utilizado únicamente por el Espíritu divino, fue el móvil de su misión y la clave

de su eficacia»⁷. Jesús creyó que el Espíritu de Dios actuaba a través de él y en su confrontación con la realidad le configuraba: como *buena noticia* para los pobres (cf. Lc 4, 16-21), *aliento* de vida para los agobiados (cf. Mt 11, 28), “*autor*” de humanización para los endemoniados (cf. Mt 12, 22-28), *fuentes de salud* para los enfermos (cf. Lc 4, 40), *tractor de comunión* para los excluidos (cf. Mc 3, 1-6) y *alimento* para los hambrientos (cf. Lc 9, 12-17).

La primera comunidad cristiana calificó el modo de estar de Jesús en la historia como fruto del poder del Espíritu Santo; y describió su paso por ella haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo (cf. Hch 10, 38).

2.3. *La Promesa cumplida de Dios crucificada y aparentemente desautorizada.*

Jesús de Nazaret fue un perdedor momentáneo. A los mandamases de entonces la puesta en acción de su pasión esperanzada en favor de la fraternidad les pareció un delirio (cf. Mc 3, 21). La visión de aquel galileo se había salido del cauce de lo razonable. Le descalificaron como profeta. Le tacharon de heterodoxo, alternativo, blasfemo, loco, subversivo... Su muerte en la cruz, la propia de un sin-ciudadanía (o sin-papeles, diríamos hoy) acusado de alteración del orden imperial (la «pax romana»), fue el precio que pagó por ser fiel al Padre de la promesa del Reino y obediente al Dios del Reino, en medio de una sociedad apática e indiferente al sufrimiento de las gentes.

Sin embargo, Jesús no soñaba dormido. Soñó bien despierto y, cuando supo la que se le venía encima, siguió el latido de su pasión esperanzada en el Reinado de Dios sin dejarse amilanar por el miedo a la muerte. Cuando todo aparecía aparentemente perdido (cf. Jn

⁷ J.D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981, p. 101; cf. pp. 33-121.

11,53), tomó la decisión de subir a Jerusalén (cf. Lc 9,51), impulsado no por un delirio que lo hubiera convertido en un kamikaze, sino por una lúcida fidelidad hasta el final a la promesa de Dios. Allí experimentó el fracaso, el abandono de sus amigos, el veredicto de inocencia a favor de las Tinieblas, la utilización de la justicia de Dios en contra de la transparencia de su propia vida y el silencio del Dios del Reino: ¿se habría cansado en vano y su vida la habrá gastado inútilmente? (cf. Is 49,4; Mc 15,34). Será la experiencia de la noche oscura (cf. Jn 13,30) y orará para no caer en la tentación de la desconfianza y la desesperanza (cf. Lc 22,45).

Jesús de Nazaret esperó, contra toda experiencia y en aquella noche oscura de la injusticia y la ignominia, en la irrupción definitiva de la amanecida del Reinado de Dios, propiciado por su fidelidad a la promesa divina hasta el extremo del sufrimiento y de la muerte: «si el grano de trigo no muere no produce fruto» (cf. Jn 12, 23-24).

3. Jesús Resucitado entrega la esperanza en la Promesa cumplida a los testigos de su resurrección, que representan a la Iglesia.

La esperanza de los discípulos en la alborada del Reino brota de la resurrección de Jesús y del *reencuentro* con él. Su esperanza en el Reinado es una esperanza *recobrada* con las señas de identidad del Crucificado. Cristo resucitado «es la esperanza» (Col 1, 27) para la tradición cristiana. En el acontecimiento Cristo (vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, y la venida del Espíritu Santo) los testigos de la resurrección de Jesús reconocen la confirmación del cumplimiento «in fieri» de la Promesa divina, tal y como él lo había proclamado ya con su anuncio y su práctica de la Buena Noticia del Reinado de Dios. La resurrección de Jesús no es en primer lugar la repuesta al deseo humano de inmortalidad de Jesús sino al reclamo de justicia del Hijo abandonado por Dios en la cruz.

La luz de la resurrección proclama el cumplimiento definitivo de la Promesa no solo como garantía de vida eterna después de la muerte, sino como *posibilidad de Humanidad Nueva en y para la historia humana*. Obviamente el Reinado de Dios excede cualquier realización humana de la utopía porque es radicalmente de Dios. La esperanza tiene como objeto *la novedad* de un futuro que tiene la figura del «*don divino de una conquista humana*»: «aunque esté construido por el hombre, no puede ser más que *dado* desde otra parte [...] Que pueda darse a la historia un porvenir absolutamente nuevo, diferente al que está en nuestro poder procurarle: esa es la esperanza que hace nacer el anuncio de la resurrección»⁸.

La experiencia del Espíritu en los testigos del Resucitado.

Tras la muerte y la resurrección de Jesús también los discípulos experimentaron la acción del Espíritu en ellos. El Resucitado les ofrece el Espíritu (cf. Jn 20,21-23; Hch 1,7-9) y, finalmente, lo derrama sobre ellos como don escatológico (cf. Hch 2,14-21). En Pentecostés, proclamará la Escritura, «se llenaron todos de Espíritu Santo» (Hch 2, 4a). Con la efusión del Espíritu *de Dios* comienza la era mesiánica y la andadura histórica del cristianismo. El Espíritu, fruto fecundo de la salvación lograda por Jesucristo, se constituye en *primicia* (Rm 8,23) de la promesa divina (Ef 1,13) y *garantía* de su futuro cumplimiento (2 Co 1,22) en y para y la historia humana.

El Espíritu de la Promesa (cf. Ef 1,13) entregado por Jesús a los testigos de su resurrección cumple una triple función: a) anuncia una realidad que todavía no está presente en la historia humana: la plena condición de hijos e hijas de Dios (cf. Rm 8,23); b) proporciona a la historia humana posibilidades inéditas de futuro fraterno, en cuanto que se establece en ella como el *seno materno de Dios* del que los hombres y las mujeres pueden nacer de nuevo (cf. Jn 3,1-8), y

⁸Cf., J. Moingt, *El hombre que venía de Dios II*, Desclée, Bilbao 1995, p. 33.

progresar hacia su verdad más profunda: ser y vivir como hijos y herederos de Dios (cf. Rm 8,15-17); c) provoca vocaciones, misiones y envíos (con “el aire” de Jesús) comprometidos en orden a concretar históricamente aquello que anuncia y garantiza, hasta alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios (cf. Rm 8,19-21).

4. *Esperar como esperó Jesús de Nazaret.*

Me niego creer inevitable que la incertidumbre sea nuestra única certeza. Reivindico que este tiempo del riesgo inminente contiene también una revelación: el impulso del *«ahora o nunca» es el momento de la acción*. Algunos movimientos de protesta y de intervención contracultural nos invitan a declararnos *insumisos con la ideología del «no hay nada que hacer»*, incapaz de intervenir con eficacia sobre las condiciones del tiempo humano, que es el tiempo de la historia. Y también, a *entrelazar complicidades* para la creación de «un nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad» (G. García Márquez).

En ese impulso del *«ahora o nunca»* inscribo el tiempo de la esperanza cristiana como correlato de la Promesa del Dios de Jesucristo. La esperanza cristiana no nos convierte en videntes del futuro, ni nos da ventajas para salir del atolladero terminal en el que nos encontramos. Pero sí se nos ofrece como perspectiva propia a la hora de divisar el futuro de este presente catastrófico y perplejo, y de esclarecer *qué es lo razonable* a la hora de vislumbrar su posible promesa y anticiparla en la historia. Esa mirada esperanzada no está fundada en ninguna utopía humana, sino en el cumplimiento de la promesa de Dios. Nuestra esperanza no depende de los datos de realidad, es la realidad la que depende de nuestra esperanza.

El cristianismo del siglo XXI asume la tarea de afrontar el futuro con esperanza desde la *memoria* «*passionis, mortis et resurrectionis Jesu Christi*». Este quehacer, ineludible para él, de ninguna manera debiera sustanciarse en el testimonio de una esperanza barata, sino en una auténtica rendición de cuentas o justificación práctica de ésta. La esperanza cristiana no es el reverso del optimismo histórico moderno. Tampoco un reconstituyente para vivir en la postmoderna sociedad del cansancio⁹ o estimular nuestros anhelos en esta era del desánimo¹⁰.

La esperanza es un antídoto para no ser vencidos de antemano por la incertidumbre y el catastrofismo. La esperanza, equipada con las señas de identidad de Jesús resucitado, es *interrupción* del presente inhumano, cruelmente cainita; y *anticipación* en él del futuro humano para quienes no tienen esperanza: los «sobrantes» y los crucificados de este tiempo, tan perplejo y tan indiferente a sus gritos de dolor.

El Espíritu recrea la creación toda y hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5), inaugurando los tiempos mesiánicos con su llegada (cf. Hch 2,1 s). El Espíritu constituye la promesa de este futuro (cf. Ef 1,3) hasta que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Co 15,28). El Espíritu de Dios que nos habita será el Espíritu de Cristo (cf. Rm 8,9), de la filiación divina (cf. Rm 8,15), de la fe (cf. 2 Co 4,13) y de libertad de los hijos e hijas de Dios (cf. 2 Co 3,17). El Espíritu que incorpora al camino humano del Hijo a los hombres, va guiando la vuelta en la historia de la creación a Dios, mientras perdura el anonadamiento de Dios (la kénosis divina) en ella.

Esta «pasión esperanzada» debe configurarnos a quienes la compartimos por el Bautismo, como extranjeros y forasteros en el mundo (cf. 1P 1,1.17; 2P 2, 11) porque somos ciudadanos del cielo (cf. Flp 3,20). Con esta esperanza nos ha salvado Cristo. Una esperanza

⁹ Cf. H., Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona 2017.

¹⁰ AA. VV., *La Era del desánimo. Una lectura creyente desde la filosofía y la teología*, CJ, Barcelona 2018.

en lo que todavía ni vemos, ni podemos ver, y aguardamos con paciencia, pero que no defrauda (cf. Rm 5,5).

4.1. Los dolores de parto de la nueva creación y el feliz alumbramiento

Legítimamente podemos interpretar los sufrimientos del tiempo presente como dolores del parto de la creación nueva, y sus lamentos como los gemidos del Espíritu anhelante de Dios. Así lo hace Pablo:

«Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella; también nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia». (Rm 8,18-25).

Pero nadie nos asegura su feliz alumbramiento, ni la metamorfosis de las lágrimas en cantos de liberación. Tampoco el Dios que resucitó a Jesús crucificado. La presencia salvífica de su Espíritu en la historia motiva, tensa, inquieta y moviliza constantemente los corazones de los seres humanos en la dirección de la promesa del Reino, pero sin violentar sus libertades. El Aliento de Dios impulsa permanentemente historia adentro, justamente allí donde se juega la dignidad y la existencia de los seres humanos, a la comunidad cristiana y a hombres y mujeres de buena voluntad.

Nuestra colaboración le resulta indispensable para enjugar lágrimas, mitigar sufrimientos y hacer realidad ese mundo nuevo que es la morada de Dios con los seres humanos (cf. Ap 21,3-5). El Plan

divino de Salvación necesita de nuestro concurso, pues Dios no ha previsto que pueda ser realizado al margen de nuestra libertad. Su proyecto (que no es otro que el de la fraternidad total entre los seres humanos, de reconciliación universal de hombres y mujeres) trasciende, en tanto que la perfecciona, la noción misma de justicia. La llamada divina a participar en él, nos llega preferentemente a través del rostro de los pobres, de las víctimas de la injusticia.

Pero la Promesa de Dios no siempre se cumple en la historia. Sin duda, la libertad humana puede ser ciega y sorda a la Promesa de Dios para la historia humana y, en este caso, quedará frustrada.

Por una parte, el barullo del día a día nos ciega a los cristianos para ver los signos del Espíritu, y nos ensordece para oír su clamor en los gritos de los empobrecidos y en el lamento de nuestra alma desvalida (cf. Mc 8, 18). Por otra, la acción del Aliento de Dios habitualmente se parece más al susurro de una brisa suave que al ímpetu de un huracán que agrieta montañas y quiebra rocas (cf. 1 Re 19,11-12), mientras que el poder del pecado, aunque definitivamente vencido, sigue siendo descomunal. Con frecuencia hace morder el polvo de la derrota al Espíritu de Dios y a su Promesa, aunque no consiga desalojarles de la historia.

«Esperar lo imposible»

Esta «pequeña esperanza» (Ch. Peguy), como ha escrito Miguel García Baró, tiene que ver con *«esperar lo imposible»*:

«Hay cristianismo real sólo cuando existen hombres que en el secreto de su intimidad se atreven a esperar de verdad lo imposible. De la misma manera que no era posible que un ajusticiado con el suplicio del esclavo fuera resucitado por Dios mismo, en contra de la expectativa de los peritos de la religión, de esa misma manera es imposible hoy que la tendencia destructiva de la historia se detenga y se invierta. Es imposible que los derrotados en tantos siglos de violencia sean rescatados y que su dolor no solo se olvide, sino se borre. Es imposible que lo ya sucedido sea aniquilado. Es imposible que los traicionados

recuperen la confianza en la humanidad. Es, sobre todo, imposible y escandaloso, que los pecadores vayan a ser convidados al banquete eterno del perdón y se sienten al lado de los justos sacrificados, aunque se los haya convocado a toda prisa, pasada la hora undécima. Es imposible que las oportunidades perdidas en todas las vidas se repitan, regresen, sean superadas. En definitiva, es imposible el reino de los cielos y no distinguimos con qué prudente política podríamos atraerlo a nuestra historia, tan real ella y tan macizamente posible. Justamente porque todo esto es imposible, lo esperamos en la actividad de una esperanza plena que tiene que ser también actividad incesante. Si creyéramos que lo imposible es posible, no sólo miraríamos a los ojos al mal, sino que no nos recostaríamos a esperar del combate entre los dioses del maniqueísmo una solución final para nuestra historia. Sólo una libertad asumida hasta las últimas consecuencias habla aun elocuentemente de Dios en medio de las ruinas».¹¹

La recepción de la tradición de Jesús y esperar como él esperó reclama hombres y mujeres alentados por la expectativa de una utopía sin contenido definido ni definitivo (*entrevista*, la llama Paul Ricoeur) y universalizable, que viene de arriba (la promesa de Dios) y brota de abajo (en la historia humana) hasta alcanzar (como J. B. Metz ha insistido en multitud de ocasiones), más allá de la historia, a «los muertos del morir», como consecuencia de nuestra radical vulnerabilidad, y a «los muertos del matar» (a las víctimas de la lógica cainita) como consecuencia de la injusticia, la violencia, la indiferencia y la intolerancia que existen en nuestro mundo.

Esta expectación encuentra su sostén en la visión de Ap 21, 1-4:

«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su novio. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado».

El Espíritu viene en ayuda de la flaqueza de nuestra esperanza.

¹¹ M. García-Baró, *De estética y mística*, Sígueme, Salamanca, 2007, pp. 169-170.

La presencia del Espíritu en nuestras vidas otorga su capacidad de resiliencia a nuestra débil esperanza.

«Y de igual manera, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (Rm 8, 26-27)

Los signos de esperanza: prestar atención a todo lo bueno que hay en el mundo.

«Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, "es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas". Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (*Spes non confundit* 7).

Allí donde el espíritu humano creador suscita vida y libertad, solidaridad y liberación, fantasía creadora y proyectos utópicos de nueva humanidad, el Espíritu de Dios se encuentra en acción y fermentación dentro de esta historia humana encadenada por el pecado, la injusticia y la muerte. Quienes protagonizan estas acciones nos recuerdan dialécticamente -en la negación de su negación- el proyecto de Dios.

La bondad que hay en nuestro mundo se manifiesta de múltiples maneras. También en el mundo de las migraciones forzosas aparece la bondad humana tejida por la colaboración de organizaciones sociales, movimientos populares de salvación y personas buenas que parecen haber escuchado la palabra del Señor «os haré pescadores de

hombres» (cf. Mt 44, 19). ¡Cómo no recordar la singladura de rescate y salvamento humanitario del «Aita Mari» en el Mediterráneo central!

«No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: “estaba de paso, y me alojaron”, porque “cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo (Mt 25,35.40)» (*Spes non confundit* 13).

Sin “pescar” hombres, mujeres y niños, es decir, sin rescatar y salvar a seres humanos «con el agua al cuello», las palabras del Papa, cargadas de razón y misericordia, no podrán cumplirse.

El lamento, la queja y la acción como lugares de la presencia del Espíritu de Dios.

Sólo lo experimentado como bondad puede hacer patente la maldad de lo sufrido como negativo. Las experiencias de la presencia del Espíritu en la bondad que circula por nuestro mundo no se manifiestan sólo en la alegría desbordante por el futuro de la salvación que ya ha irrumpido, sino también y al mismo tiempo en los profundos gemidos por este mundo irredento. El Espíritu de Dios se experimenta como muy solícito y consolador cuando lleva a la oración, al anhelo y a la queja ante Dios: «La oración es siempre la voz de todos aquellos que aparentemente no tienen voz, y en esta voz resuena siempre aquel 'inefable clamor' que la Carta a los hebreos (5, 7) atribuye a Cristo»

(Juan Pablo II). Donde el pueblo es reducido al silencio con humillaciones y persecuciones, a menudo es la oración lo único que mantiene viva su esperanza para impedir su resignación.

Precisamente porque el proyecto de Dios para la historia es que la injusticia desaparezca de manera definitiva, la escondida Presencia del Espíritu de Jesús se manifiesta en el lamento de todas las víctimas de la injusticia. Allí donde la «necronomía» condena a la muerte a millones de seres humanos y a la desaparición a muchas y variadas formas de vida¹², allí donde la afirmación ególatra de la propia libertad genera insensibilidad y apatía ante el sufrimiento ajeno, allí donde la idolatría del buen vivir deshumaniza a los seres humanos, en una palabra, allí donde el pecado gobierna nuestra libertad, la presencia del Espíritu de Dios que llena el universo, guía el curso de los tiempos con admirable providencia y renueva la faz de la tierra (cf. GS 11; 26), sufre un proceso de humillación, ocultamiento y kénosis.

Consecuentemente, cuando los miembros de la Iglesia somos ciegos y sordos a la llamada de Dios silente y elocuente en los gritos de dolor de los seres vivos, oculta y presente en las víctimas de las estructuras de pecado, la praxis eclesial, sea cual sea su pretensión, ni se dirigirá *a*, ni se concentrará *en* los procesos de liberación en favor de nuestro prójimo.

Cuando contemplamos el genocidio de Gaza pedir, suspirar, quejarse y gritar hacia Dios son expresiones realistas del abismo, inhumano e infracumano, en el que los seres humanos hemos caído o nos han precipitado, y que ahora descubrimos en nuestro corazón. Donde se oye el grito que brota de lo hondo, allí está también presente el Espíritu que «viene en ayuda de nuestra flaqueza» (Rm 8, 26) y «que intercede por nosotros con "gemidos inenarrables"» (Rm 8, 26),

¹² Cf., Imanol Zubero, *Contra la necronomía. Necesidad y posibilidades de una economía al servicio de la Vida*, Cuaderno 237 CJ, Cristianisme i Justícia, Barcelona Mayo 2024.

cuando enmudecemos en nuestros tormentos. Incluso podemos afirmar que el grito de los gazatíes que piden la ayuda de Dios es ya un grito del Espíritu. El suspiro de la criatura condenada al exterminio por el genocidio perpetrado por Israel es asumido por el suspiro del Espíritu, que habita en ella, y presentado ante Dios. El grito a Dios es ya, de por sí, divino. En el anhelo humano de Dios está ya escondida la fuerza de atracción de Dios sobre los hombres. Lo que en la liturgia se llama "invocación del Espíritu Santo" se identifica, en el mundo real, con el grito *De profundis* del Salmo 130, 1: «Desde lo hondo a ti grito, Señor». En el inicio de toda experiencia de salvación divina hay un grito que brota de lo más hondo: es el grito de muerte de Cristo en la cruz romana (Mc 15, 34). Y Dios escucha el grito que brota de lo hondo de la necesidad. El lleva a su Cristo desde la muerte a la vida eterna de la nueva creación. Así sube hoy hasta Dios el grito de los pueblos crucificados por las guerras y de los niños que mueren en el tercer mundo: son los gemidos del Espíritu. Así, desde la naturaleza destruida de esta tierra, sube hasta Dios el gemido de los hombres oprimidos y de las criaturas explotadas: es el gemido del Espíritu. La invocación al Espíritu en la cristiandad se remite a este grito del Espíritu desde lo profundo, un grito que debe asumir, pues ese grito es el Espíritu que traspasa las profundidades de la criatura y las profundidades de la divinidad¹³

4.2. *Una esperanza desengañada: «tener ilusiones sin hacerse ilusiones»*

El cristianismo necesita recordar permanentemente que lo verdaderamente importante y decisivo no es ni su éxito ni su fracaso en las luchas concretas en favor de la justicia sino el amor servicial en favor de la liberación del prójimo. «La esperanza no es la convicción de que las cosas saldrán bien, sino la certidumbre de que algo tiene

¹³ Cf., J. Moltmann, *El Espíritu de la Vida*, Sígueme, Salamanca 1998, pp. 89-92.

sentido, sin importar su resultado final» (Václav Havel).

Dicho de otra manera, desde la perspectiva de la esperanza el compromiso liberador es válido por sí mismo, no en función de su eficacia o de sus resultados. Los cristianos creemos que, por muchos que sean los sacrificios y las derrotas, este compromiso es siempre fructífero: no hay acto de amor que caiga en saco roto de manera definitiva e irreversible. A esta praxis Dios le ha prometido en Jesucristo su especial presencia, como prolongación de su acción creadora y salvadora. La muerte de Jesús en la cruz, su amor «infructuoso» simbolizado en ella, muestra que toda praxis dirigida a la liberación de los pobres y a la reconciliación en favor del prójimo es válida *en y por sí misma* y no sólo por el éxito que eventualmente alcance. La tarea encomendada por Dios a la Iglesia y todavía pendiente de realizar en nuestra historia, tendrá siempre el estigma del fracaso, las marcas de sufrimiento y de la muerte, la traza identitaria del amor impotente de Jesús que, al mismo tiempo, jamás se da por vencido: «apretados en todo, más no aplastados; apurados, más no desesperados; perseguidos, más no abandonados; derribados, más no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2Co 4, 8-10).

Justamente esta experiencia es la que permite a los creyentes captar que la salvación no está en nuestras manos prometeicas humanas y que, a pesar de ello, Dios *concede un futuro* a todos nuestros esfuerzos de liberación y reconciliación, que supera los límites de nuestra historia¹⁴.

La promesa cumplida un nuevo territorio a trabajar.

Pero no olvidemos que esperar ha sido siempre, cuando ha sido

¹⁴Cf., E. Schillebeeckx, *Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación*, Cristiandad, Madrid 1982, pp. 819-820.

verdad, agarrarse a lo duro, oscuro y viscoso de la vida, superar la tentación de «tirar la toalla» y seguir «p'alante»; apretando los puños y saboreando en los labios el amargor de la propia existencia, mientras se grita «Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?», y se siente en lo más profundo de los tuétanos, a pesar y en contra de uno mismo y de la historia, la serenidad de quien sabe contra todas las apariencias, que su historia y su persona y la historia de la humanidad «están en buenas manos», pues descansan en las de un Dios de la Promesa que responde al nombre de Padre.

5. La Iglesia actual peregrina de esperanza.

La Iglesia con su pluralismo vocacional, ministerial y cultural; con sus desiguales acentos y tradiciones diversas; con sus Iglesias locales y sus instituciones y organizaciones religiosas es toda ella, convocada por Dios Padre en el camino del seguimiento de su Hijo Jesús por la fuerza del Espíritu Dador de Vida, la portadora de esa esperanza para el mundo. Seguramente en las actuales circunstancias el mayor y más acuciante desafío de las Iglesias europeas es detener e invertir la dirección de la tendencia cultural que desde hace más de cuarenta años va convirtiendo en banal la fe y la esperanza cristiana. Nada hay más mortal para el cristianismo católico que ser culturalmente irrelevante y ética y políticamente infecundo. Es un precio carísimo, que está pagando por haberse limitado a ser, en palabras de J. B. Metz, «una religión para las festividades burguesas». Ni la promesa de Dios, ni la esperanza están crisis. Está en crisis el sujeto que ha sido convocado para ser su portador: la Iglesia. Y no hay salida posible sin hacernos cargo de la llamada la conversión.

Así lo creen nuestros obispos que, en la Pastoral de Cuaresma Pascua 2025, nos invitan a repensar la relación Iglesia (nuestra)-Mundo (nuestro), configurándonos comunitariamente como «el contraste paciente». La vida paradójica de los cristianos, descrita por

la carta a Diogneto, les sirve de inspiración:

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les tocó en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país [...] y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble [...] Toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y así reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren afrentas a su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida».

Los cristianos de nuestras sociedades europeas, ciudadanos y ciudadanas beneficiados de un orden mundial al servicio de la muerte, del matar (en diversas versiones), que damos por supuesta la vida, necesitamos convertirnos, necesitamos cambiar nuestro corazón para cambiar nuestras prácticas, y viceversa. Sólo podremos ser *contraste paciente* si entramos en proceso, también paciente, de revolución antropológica que trate de liberarnos, en jornadas con recorrido de «medio palmo», de nuestra riqueza y bienestar sobreabundantes, de nuestro consumo, de la práctica inmutable de nuestros deseos, de nuestra prepotencia, de nuestro dominio, de nuestra apatía, de nuestro delirio de inocencia y de la cultura puramente masculina. Se trata de una revuelta contra el que «todo siga adelante así», de una lucha contra nosotros mismos. Se trata de una auténtica interrupción, expresión de una esperanza no solo creída sino vivida¹⁵.

La categoría «*interrupción*» de Metz siempre me ha parecido

¹⁵ Cf., J.B. Metz, *Más allá de la religión burguesa. Sobre el futuro del cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 1982, pp. 45-48.

valiosa no solo desde el pensar teológico, sino desde la acción pastoral. Efectivamente, Dios viene a los campos de exterminio del mundo para salvar. Pero su Presencia es eficiente en la medida en que hay en ellos hombres y mujeres que *interrumpen* los sufrimientos de los otros. Unas veces porque generan condiciones políticas y culturales que les permiten avanzar «medio palmo», al menos, en el camino de la liberación; otras, porque son «bálsamo» (E. Hillesum) que los alivian sin poder sacarlos de la cautividad; siempre, porque su intervención impide que se olviden y se oculten los sufrimientos de las víctimas en sociedades en las que eso que llaman «estructuras de plausibilidad» son en realidad «estructuras de ofuscación». Los cristianos hemos sido llamados al seguimiento de Jesús para anticipar, como él y en memoria suya, ese futuro que es interrupción de este apático tiempo atravesado por la incertidumbre y por amenazas terribles. La esperanza que, como dice Ch. Peguy, arrastra y hace andar a la convicción utópica (a la fe) y al compromiso (la caridad).

Necesitamos convertirnos, cambiar de mentalidad y de comportamientos, para que nuestro modo de vivir sea *interruptor* de la vieja normalidad y, al mismo tiempo, *irruptor* en la realidad de «otra normalidad» que ofrezca vida y felicidad a las víctimas de la injusticia, mientras esperamos y rogamos la vuelta de Señor: ¡Ven, Señor Jesús!

La Iglesia tiene, por tanto, algo que hacer en ese territorio nuevo, creado por la promesa de Dios, con el fin de que dé más de sí, desplazándolo «apenas medio palmo» (J. Ma. Esquirol) hacia su plenitud. Tiene un quehacer: la construcción de una democracia integral y de una Iglesia evangélica al servicio de una sociedad fraterna, liberada y en paz.

En esta tarea habrá de acompañarse de buenas dosis de *audacia* que resiste el desaliento a base de imaginación y de *aguante* que permite someterse a las condiciones adversas, sin claudicar en la

esperanza. Y además necesitará del concurso de la *oración* que es la matriz de la Esperanza, pues descubre que «rendir culto a Dios» es constatar que el Misterio Absoluto no es únicamente la «vida de nuestra vida», sino también ese dolor oculto que se siente ante una humanidad doliente, hambrienta, oprimida, cansada, desorientada e impotente.

5.1. *«Peregrinos de la esperanza y la cultura de «la sobriedad compartida»*

Los últimos papas han alertado sobre la vigencia de la antinomia evangélica Dios y el dinero en pleno siglo XXI. Benedicto XVI escribe sobre el peligro que encierra la riqueza: «Ante el abuso del poder económico, de las crueldades del capitalismo que degrada al hombre a la categoría de mercancía, hemos comenzado a comprender mejor el peligro que supone la riqueza y entendemos de manera nueva lo que Jesús quería decir al prevenirnos ante ella, ante el dios “Mammon” que destruye al hombre, estrangulando despiadadamente con sus manos una gran parte del mundo»¹⁶.

En palabras del papa Francisco, «hemos creado nuevos ídolos» y «la adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano» (EG 55).

Me temo que los católicos de los países ricos hacemos caso omiso de estas advertencias papales. En consecuencia, el mensaje sobre los peligros de la riqueza no lo hemos recibido como una llamada a cambiar nuestros modos de proceder. Soy consciente de que no aceptar la

¹⁶J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret I, Desde el bautismo hasta la transfiguración*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007, pp. 127-128.

gradualidad de la «riqueza» sería una estupidez. Obviamente solamente hay diez ciudadanos en nuestro mundo cuyo patrimonio es superior a la suma de las rentas nacionales de los cincuenta y cinco países más pobres del mundo. Son pocos los empleados, todos altos ejecutivos, que son despedidos de sus empresas con indemnizaciones de 161 millones de dólares o que tiene firmadas primas de salida de 38 millones de euros. No todos los deportistas firman un contrato, como Messi, de 16 millones de euros. Pero sería igualmente estúpido y demagógico no reconocer que muchas veces estas conductas las aplaudimos con las dos manos, la envidiamos con el corazón o, más sencillamente, las consentimos y pasamos de ellas, pues bastante tenemos con conservar lo nuestro tan amenazado. De ahí que las palabras de Jesús sobre los peligros de la riqueza nos conciernan especialmente, aunque en diferentes medidas, a todos los miembros de las Iglesias de los países ricos. ¿Qué puede justificar que el patrimonio de las diez primeras fortunas del mundo sea superior a la suma de las rentas nacionales de los cincuenta y cinco países más pobres? ¿Cuándo se pondrá fin a tantas lacras sociales (malnutrición, mortalidad infantil, enfermedades, explotación, crímenes, etc.) que podrían eliminarse si se pusiera fin a un orden social, cuyo objetivo principal es aumentar la riqueza de los ricos? ¿Cuándo dejaremos de tolerar tanta ignominia, cuándo pondremos fin a tanta abominación?

Ocorre, sin embargo, que, como los oyentes ricos de Jesús, tampoco nosotros tenemos oídos para oír estas cosas (cf. Mt 13,9). Y así, frecuentemente, acudimos a justificaciones ideológicas de nuestra riqueza y de la pobreza de «los otros» que se asemejan mucho a aquellas otras que denunció Jesús como encubridoras de la injusticia. Jesús se opuso al uso torticero que se hacía de la ofrenda a Dios con el fin de no cumplir con lo que se debe a las personas necesitadas que, en este caso, eran los propios padres (cf. Mc 7,9-13). Nada hay que pueda contrariar más a su experiencia del Abba del Reino. La sociedad

en la que vive Jesús es teocrática y, lógicamente, religioso el argumento encubridor de la injusticia que los ricos utilizan. Generalmente, nosotros no solemos echar mano de excusas religiosas para un encubrimiento semejante, pero sí acudimos a otras «profanas» (sobre todo de racionalidad económica), tan «sagradas» como aquellas. Algo de esto, como he dejado constancia más arriba, ha ocurrido con una utilización del término «austeridad» muy lejana a su concepción como valor ético anticonsumista, decrecentista y respetuosa con el medio ambiente.

No sólo los cristianos particulares, sino también las organizaciones e instituciones cristianas y la misma institución eclesial deberían sentir esta interpelación de la pobreza asumida de Jesús y de los peligros de la riqueza. A veces tengo la impresión de que las Iglesias en la mayoría de los países ricos no acaban de abandonar el periodo de su historia que Peter Brown ha denominado *la Edad del Camello* (finales del s. IV y s. V) pesar de haber transcurrido mil quinientos años¹⁷.

José Ignacio González Faus ha insistido en la necesidad de caminar decididamente hacia una cultura de la «*sobriedad compartida*» como respuesta ética a la interpelación de Jesús sobre el peligro de la riqueza.

Quiero subrayar el valor humano de la sobriedad con unas palabras del papa Francisco:

«La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así, son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir

¹⁷ Cf., *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550 d.C.)*, Acantilado, Barcelona 2016, p. 24.

mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida» (LS 223).

La asunción de su propuesta sitúa a la Iglesia y a los miembros del Pueblo de Dios ante la «elección de ser pobres» en el siglo XXI, porque actualiza la condición humana que hizo posible la palabra de Jesús sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu (cf. Mt 5, 1).

José Antonio Pagola comenta la propuesta de cultura de la «*sobriedad compartida*» de la siguiente manera: «Hemos de desplazarnos poco a poco hacia una vida más sobria para compartir más lo que tenemos y, sencillamente, no necesitamos. Aprender a “empobrecernos” renunciando a nuestro nivel actual de bienestar para limitar de forma consciente y voluntaria el disfrute de nuestros recursos y poderlos así orientar hacia los necesitados. Si nos dejamos interpelar por los que sufren más duramente la crisis descubriremos que también nosotros, como al joven rico del evangelio, “nos falta una cosa” para seguir a Jesús: liberarnos del poder del Dinero para estar de verdad junto a los pobres. El dinero, inventado para hacer más fácil el intercambio de bienes, ha de ser empleado según Jesús para facilitar la redistribución, la solidaridad y la justicia fraterna [...] Hemos de revisar nuestra relación con el Dinero: ¿qué hacer con nuestro dinero? ¿Para qué ahorrar? ¿En qué invertir? ¿Con quién lo compartirlo? Hemos de dar pasos eficaces hacia un consumo responsable, menos compulsivo y superfluo: ¿qué compramos? ¿Dónde compramos? ¿Para qué compramos? Hemos de redefinir el bienestar que queremos disfrutar y defender: ¿qué bienestar? ¿Para quiénes? ¿Con qué costos humanos? ¿Con qué víctimas?»¹⁸.

¹⁸ J.A: Pagola, *Jesús y el dinero. Una lectura profética de la crisis*, PPC, Boadilla del Monte (Madrid), 2013, pp.. 58-60.

Una civilización de la «sobriedad compartida» verifica una vez más lo afirmado por E. Bloch: «Cuando la salvación está cerca, crece también el peligro». La propuesta nos resulta *inquietante*: interrumpe la lógica de nuestra cultura del descarte; sacude nuestra indiferencia; invita a salir de nuestro individualismo hedonista; nos coloca bajo la autoridad de los descartados del bienestar porque somos guardianes de sus vidas. Pero también es *indispensable*: nos urge a hacernos cargo, encargarnos y cargar con la seriedad, por acción u omisión, de nuestras injusticias. En una palabra, nos plantea una elección *práctica* decisiva para acreditar nuestra condición de «*peregrinos de esperanza*». No hay alternativa: o caminamos en esa dirección e intervenimos en las injustas condiciones de vida de nuestro planeta finito, abriendo camino a la igualdad, la paz y la fraternidad; o los ricos y los beneficiarios del sistema defenderemos con las armas, como lo estamos comprobando, nuestra «civilización de la sobreabundancia» para unos pocos, al precio de agrandar su actual insostenibilidad hasta los límites de la catástrofe.

Y termino estas notas con las palabras que el papa Francisco no pudo pronunciar en la bendición «Urbi et Orbi» del domingo de Pascua:

«Los que esperan en Dios ponen sus frágiles manos en su mano grande y fuerte, se dejan levantar y comienzan a caminar, junto con Jesús resucitado se convierten en peregrinos de esperanza, testigos de la victoria del Amor, de la potencia desarmada de la Vida».

¡Amén!